

Historia de la Mastozoología en Latinoamérica, las Guayanas y el Caribe

Editado por
Jorge Ortega,
José Luis Martínez y
Diego G. Tirira



**HISTORIA DE LA MASTOZOLOGÍA EN
LATINOAMÉRICA, LAS GUAYANAS
Y EL CARIBE**



HISTORIA DE LA MASTOZOLOGÍA EN LATINOAMÉRICA, LAS GUAYANAS Y EL CARIBE

**Editado por
Jorge Ortega,
José Luis Martínez y
Diego G. Tirira**

**Editorial Murciélago Blanco y
Asociación Ecuatoriana de Mastozoología**

**Quito y México DF
2014**

Todos los derechos reservados. Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier mecanismo, físico o digital.

© Editorial Murciélago Blanco, Quito, Ecuador, 2014.

Por favor, se sugiere que cite esta obra de la siguiente manera:

Si cita toda la obra:

ORTEGA J, JL MARTÍNEZ y DG TIRIRA (eds.). 2014. Historia de la mastozoología en Latinoamérica, las Guayanas y el Caribe. Editorial Murciélago Blanco y Asociación Ecuatoriana de Mastozoología, Quito y México, DF.

Si cita un artículo:

AUTOR(ES). 2014. Título del capítulo. Pp. 000–000, *en*: Historia de la mastozoología en Latinoamérica, las Guayanas y el Caribe (J Ortega, JL Martínez y DG Tirira, eds.). Editorial Murciélago Blanco y Asociación Ecuatoriana de Mastozoología, Quito y México, DF.

Esta publicación puede ser obtenida mediante intercambio con publicaciones afines, o bajo pedido a:

Editorial Murciélago Blanco
info@murcielagoblanco.com
www.editorial.murcielagoblanco.com

Editores: Jorge Ortega, José Luis Martínez y Diego G. Tirira
Artes y diagramación: Editorial Murciélago Blanco

Ilustraciones: Portada: *Hippocamelus antisensis*, tomada de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* (Alcide d'Orbigny, 1847).
Página 1: *Cebus fulvus*, tomada de *Voyage dans l'Amérique Méridionale* (Alcide d'Orbigny, 1847).
Contraportada: *Caluromys lanatus*, tomada de *Rerum Naturalium Thesauri* (Albertus Seba, 1734–1765)

Impresión: PubliAsesores Cía. Ltda.

ISBN: 978-9942-20-026-6

Quito y México DF, agosto de 2014

IMPRESO EN ECUADOR

UNA HISTORIA DE LA MASTOZOLOGÍA EN EL CARIBE INSULAR

A HISTORY OF MAMMALOGY IN THE CARIBBEAN ISLANDS

Armando Rodríguez-Durán¹ y Eugenio Santiago-Valentín²

¹ Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto de Bayamón, Puerto Rico.

[Arodriguez@bayamon.inter.edu]

² Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, Puerto Rico.

RESUMEN

La historia de la mastozoología del Caribe retrata la historia geopolítica de la región. Aun cuando esta región biogeográfica no es rica en especies, la actividad científica proporcionalmente baja retardó en un retraso en el conocimiento de su mastofauna. Al mismo tiempo, su aislamiento geográfico y alto nivel de endemismo despertó interés, especialmente durante el siglo XX. Un aspecto importante de la región es que constituye el primer lugar donde los europeos entraron en contacto con las especies de América. Este artículo describe la historia de la mastozoología en la región, dividida en dos periodos principales: 1. Pre-Lineano y 2. Post-Lineano.

Palabras clave: Antillas, expediciones, extinciones, Indias Occidentales, mamíferos, murciélagos.

ABSTRACT

The history of mammalogy in the Caribbean mirrors the geopolitical history of the region. Even though this biogeographic region is faunistically depauperated, the traditionally low level of scientific activity delayed full knowledge of its biodiversity. At the same time, its geographic isolation and high level of endemism brought considerable attention, especially during the 20th century. An important aspect of the Caribbean region is that it represents the first contact of Europeans with the biodiversity of the Americas. We divide the study of the Caribbean mammalogy into two periods: 1. Pre-Linnaean, and 2. Post-Linnaean.

Key words: Antilles, bats, expeditions, extinctions, mammals, West Indies.

INTRODUCCIÓN

El Caribe insular no comprende la región más diversa en fauna mastozoológica de este hemisferio; sin embargo, resulta de particular importancia para la historia de la disciplina, porque además de su alto nivel de endemismo, representa el lugar donde las primeras especies americanas fueron conocidas y documentadas por el mundo europeo. Fue allí, además, donde comenzó la introducción en

Historia de la mastozoología en Latinoamérica, las Guayanas y el Caribe
(Jorge Ortega, José Luis Martínez y Diego G. Tirira, eds.).

Editorial Murciélagos Blanco y Asociación Ecuatoriana de Mastozoología.
Quito y México DF (2014:129–142).

América de mamíferos domesticados en el Viejo Mundo. Por otro lado, el gran número de mamíferos extintos y el alto grado de amenaza de muchas de las especies existentes, convierte a esta región en uno de los casos más extremos de impacto antropogénico sobre el paisaje, lo cual ha motivado el desarrollo de estrategias para la conservación de la biodiversidad nativa.

El interés por los mamíferos de las Antillas se remonta a los tiempos de la historia precolombina. Además de alimentarse de los mamíferos más grandes, las culturas aborígenes de las islas confirieron dentro de su cosmogonía un sitio importante a los murciélagos (Wing, 1989). Como consecuencia, hicieron observaciones detalladas de los mismos, según se puede apreciar claramente en las artesanías de las etapas Huecoide, Igneri, Ostiones y Taíno, en Puerto Rico, características que incluso han permitido identificar algunas especies (Rodríguez-Durán, 2002). Pero los murciélagos (Chiroptera) no representan la totalidad mastozoológica antillana aunque, sin lugar a dudas, son el componente más importante.

Las primeras citas impresas sobre los mamíferos caribeños provienen de documentos de la época del descubrimiento y conquista de América, a finales del siglo XV y durante el siglo XVI, que en conjunto se denominan como las “Crónicas de Indias”. Las primeras documentaciones de la mastofauna caribeña por los cronistas de Indias y otros autores forman parte del conocimiento zoológico Pre-Lineano; por lo cual, no sorprende que sean incidentales y no necesariamente revestidas del rigor científico que se aplicará posteriormente en Occidente. Se trataba del inicio de la era de la colonización del mundo por las culturas europeas, las cuales aún no disipaban del todo ideas y mitos sobre el mundo *plus ultra*. El mismo Cristóbal Colón, en su confusión al interpretar el Nuevo Hemisferio como los reinos asiáticos, cargaba en su mente el imaginario mitológico ampliamente difundido en Europa. Llegó a expresar en sus notas del 4 de noviembre de 1492, a pocos días de estar en el Caribe, que entendió de sus habitantes que “...lexos de allí avía [sic] hombres de un ojo y otros con hocicos de perros...”. Estas ideas con el tiempo dieron paso a descripciones más realistas de los seres que realmente existían en aquellas islas.

De igual manera, no era raro que durante la época colonial se cruzara información entre el continente americano y las islas, como consecuencia de que los barcos hacían escala en más de un puerto. Un buen ejemplo de esto es como el san-pedrito, un ave endémica de Puerto Rico, fuera descrita erróneamente como *Todus mexicanus*, al confundirse con especímenes coleccionados en México (Biaggi, 1970).

Dentro de esta revisión se inicia con la mención de los mamíferos caribeños que se comentan en las crónicas de la época. A esta sección pre-lineana le sigue otra que podríamos denominar como el periodo Post-Lineano, que comienza a mediados del siglo XVIII y ha mostrado un progresivo incremento en la rigurosidad científica seguida.

PERIODO PRE-LINEANO: SIGLOS XV AL XVII

Dentro de las obras redactadas por los cronistas de Indias, son particularmente relevantes al Caribe insular los textos del almirante Cristóbal Colón, los del médico Diego Álvarez Chanca, los del padre fray Bartolomé de las Casas y de los cronistas Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo.

El primer cronista de Indias fue el genovés Cristóbal Colón (ca. 1436–1506; Figura 1). Sus escritos, recogidos generalmente en forma de relaciones de viaje, memoriales y cartas, estaban dirigidos a diversos destinatarios, en especial a los reyes de España y a oficiales de la corona (Varela y Gil, 2003). En sus escritos prevalecen objetivos e intereses económicos, religiosos y políticos de la empresa colombina. Por ello, sus relatos de la naturaleza del Caribe giran principalmente en torno al potencial económico de un recurso, o por ser una novedad a la percepción europea.

Diego Álvarez Chanca, fue un médico sevillano de la nobleza y cercano a la corte española, del cual poco se conoce; incluso, se ignoran los años de su nacimiento y muerte. Álvarez es recordado por haber participado en el segundo viaje colombino, en calidad de físico y escribano de la flota. Durante la expedición fungió como médico de la tripulación y de Colón, estuvo a cargo de las plantas y animales que se transportaban a bordo y era el encargado de levantar las actas de la toma de posesión de las tierras descubiertas (Tió, 1966). Álvarez es considerado como una de las primeras personas con un trasfondo científico en pisar el Nuevo Mundo. Aunque sus

escritos son escasos, destaca una carta de 1494 que fue redactada en La Española y enviada por medio de Antonio Torres al cabildo de Sevilla. Esta carta se considera de especial mérito por ser uno de los pocos documentos sobre el segundo viaje redactados por un participante de la expedición (Farina y Zacher, 1992), así como el primer documento de Indias cuyo autor posee un trasfondo científico.

Pedro Mártir de Anglería (1457–1526), fue un erudito y humanista italiano que ocupó diversos cargos eclesiásticos y diplomáticos, algunos de ellos cercanos a las cortes de España. Mártir de Anglería dio particular importancia al proyecto colombino y fungió como cronista de los acontecimientos sobre el recién descubierto Nuevo Mundo, a pesar de nunca pisar tierras americanas. Las referencias de los relatos de Mártir de Anglería provenían en buena parte de los protagonistas de los hechos, entre ellos del propio Cristóbal Colón, a quien conoció (Lunardi *et al.*, 1992).

El padre Bartolomé de las Casas (ca. 1484–1566), natural de Sevilla y miembro de la orden de los Dominicos, es recordado principalmente por defender de forma abierta el derecho de los pueblos indígenas ante las autoridades españolas. De las Casas también se empeñó en que se reconociera la trascendencia y el mérito de Cristóbal Colón y su hazaña. Los extensos escritos de fray de las Casas se enfocan en esas dos líneas temáticas: historiar los eventos protagonizados por Colón junto con el difícil periodo de administración de los nuevos territorios, y documentar a los pueblos indígenas y el choque con la cultura invasora (de las Casas, 1517). Es en estos contextos donde el padre dominico comenta aspectos de la naturaleza de las Indias.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478–1557), madrileño, fue uno de los más prolíficos cronistas de Indias. Desde temprano se interesó en recopilar datos de los sucesos de la historia de los reinos de España y del proyecto colombino (Fernández de Oviedo, 1851). Estuvo relacionado con la corte de los Reyes Católicos y conoció de joven a varios de los protagonistas de la era del descubrimiento, entre ellos a Colón y sus hijos, así como a miembros de la familia Pinzón. A través de su vida, fue llamado por la corte a ocupar diversos cargos administrativos que lo relacionaron con el proceso colonizador de América (Fernández de Oviedo, 1526). Fue veedor de las fundiciones de oro en la Tierra Firme, escribano general, regidor y teniente del Darién, gobernador de la provincia de Cartagena, regidor de Santo Domingo y primer cronista de Indias, entre otros cargos (Fernández de Oviedo, 1851). El complejo escenario administrativo de los nuevos territorios hizo que en múltiples ocasiones deba cruzar el Atlántico, viajes que aprovechó para examinar y redactar descripciones de la naturaleza americana.

Mamíferos marinos nativos

La era de exploración y conquista de los europeos, que se inició en el siglo XV, tuvo como área principal el medio marítimo. Por lo tanto, no sorprende que la mención de mamíferos marinos figure entre los primeros comentarios sobre la fauna americana. Por ejemplo, en el quinto día de su llegada al



Figura 1. Cristóbal Colón (ca. 1436–1506) en una ilustración anónima. Archivo de la Universidad de Alcalá, España.

Caribe, el 16 de octubre de 1492, Colón recoge en su diario una primera y breve mención de la presencia de ballenas en la zona, aunque sin incluir detalles que permitan una identificación taxonómica.

El manatí antillano. El manatí que habita en el Caribe (*Trichechus manatus*), es posiblemente el más carismático de los mamíferos marinos de la zona. El primer encuentro de Colón con esta especie, según lo registra en su diario de viaje, ocurrió el 9 de enero de 1493, cuando el almirante se dirigía al Río del Oro, en la costa norte de La Española. Con base en dicho diario, de las Casas indica que entonces “Vido el Almirante el día pasado tres serenas [sic], según dice, que salieron bien alto a la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, las cuales en alguna manera tenían forma de hombre en la cara; dijo que otras veces las había visto en las costas de Guinea [probablemente *Trichechus senegalensis*, sirénido de las costas de África ecuatorial], donde se coge la manegüeta [sitio donde se amarra la cuerda de un barco]” (de las Casas, 1517: libro 1, capítulo LXVI).

En una carta a los Reyes Católicos, del 14 de octubre de 1495, escrita en la Vega de la Maguana (La Española), Colón menciona “...un pescado que acá llaman ‘manetí’ [sic], qu’és mayor que un bezerro, y la carne d’este no tiene comparación con todo lo otro. Yo bien enbí el otro día la barca con una red nueva a Montechristo [Montecristi] porque matasen alguno para V.[uestras] Al.[tezas]...” (Varela y Gil, 2003).

Del manatí antillano existe una descripción, casi novelesca, recogida por Pedro Mártir de Anglería en su obra *Decadas de Orbo Novo*, de 1516 (d’Anghiera, 1912 [2011]). Cuenta que un cacique de La Española, llamado Caramatex (o Caramatexi), atrapó accidentalmente en sus redes de pesca a un ejemplar joven de un “pez” llamado manatí. El cacique liberó al pequeño manatí en una laguna, donde al cabo de veinticinco años alcanzó un tamaño formidable. Al animal le llamaron “Matu”. Había aprendido a responder al llamado humano y se acercaba al borde de la laguna a tomar alimentos de mano de los indios. Indica el cronista que algunos de estos indios montaban sobre el lomo de Matu para ir de la una orilla de la laguna a la otra. Matu desapareció durante el paso de un huracán que provocó el desborde del río Attibunico [sic] y grandes inundaciones en la zona, que rompieron su confinamiento en la laguna y le permitió regresar al mar (d’Anghiera, 1912 [2011]). El relato de Matu fue recogido en obras posteriores por otros cronistas, como Francisco López de Gómara (1511–1566). Pedro Mártir de Anglería no dejó de comunicar el dato que ya circulaba entre los españoles acerca del buen sabor de la carne de manatí y de la abundancia de la especie en las aguas que rodean a la isla La Española.

El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo (1526) dedica varias líneas al manatí en su obra *Sumario de la natural historia de las Indias*, en donde describe la morfología, los hábitos y el modo en que los españoles lo cazaban y transportaban. Hace énfasis en el buen y curioso sabor de la carne de este “pez”, la cual indica que era bastante parecida a la de res. También documenta uno de los primeros usos de los mamíferos americanos para el tratamiento de condiciones médicas. Específicamente, menciona el uso de ciertas partes del manatí contra el “mal de la ijada”, un dolor que se ubica en la región por debajo de las costillas y encima de la cadera, condición que se origina por motivos diversos. La descripción del manatí realizada por Fernández de Oviedo es la siguiente:

“El manatí es un pescado de mar, de los grandes, y mucho mayor que el tiburón en grosseza y de luengo, y feo mucho, que parece una de aquellas odrina grandes en que se lleva mosto en Medina del Campo y Arévalo; y la cabeza de este pescado es como una vaca, y los ojos por semejante, y tiene unos tocones gruesos en lugar de brazos, con que nada, y es animal muy mansueto, y sale hasta la orilla del agua, y si desde ella puede alcanzar algunas yerbas que estén en la costa en tierra, pácelas; mátanlos los ballesteros, y asimismo a otros muchos y muy buenos pescados, con la ballesta, desde una barca o canoa, porque andan someros de la superficie del agua; y como lo ven, dánle una saetada con un arpón, y el tiro o arpón con que le dan, lleva una cuerda delgada o trailla de hilo muy sutil y recio, alquitranado; y vase huyendo, y en tanto el balletero da cordel, y echa muchas brazas de él fuera, y en el fin del hilo un corcho o palo, y desde que ha andado bañado la mar de sangre, y está cansado, y vecino a la fin de la vida, llégase él mismo hacia la playa o costa, y el balletero va cogiendo su cuerda, y desde que le quedan siete o diez brazas [18.5 m], o poco más o menos, tira del cordel hacia

tierra, y el manatí se allega hasta tanto que toca tierra, y las ondas del agua le ayudan a encallarse más, y entonces el dicho balletero y los que le ayudan acábanle de echar en tierra; y para lo llevar a la ciudad o adonde lo han de pesar, es menester una carreta y un par de bueyes, y a las veces dos pares, según son grandes estos pescados. Asimismo, sin que se llegue a tierra, lo meten en la canoa, porque como se acaba de morir, se sube sobre el agua: creo que es uno de los mejores pescados del mundo en sabor, y el que más parece carne; y en tanta manera en la vista es próximo a vaca, que quien no lo hubiere visto entero, mirando una pieza de él cortada, no se sabrá determinar si es vaca o ternera, y de hecho lo tendrán por carne, y se engañarán en esto todos los hombres del mundo; y asimismo el sabor es de muy excelente ternera propiamente, y la cecina de él muy especial, y se tiene mucho; ninguna igualdad tiene, ni es tal, con gran parte, el sello de estas partes. Estos manatíes tienen una cierta piedra o hueso en la cabeza, entre los sesos o meollo, la cual es muy útil para el mal de la ijada, y muélenla después de haberla muy bien quemado, y aquel polvo molido tómake cuando el dolor se siente, por la mañana en ayunas, tanta parte como se podrá coger con una Blanca de a maravedí, en un trago de muy buen vino blanco; y bebiéndolo así tres o cuatro mañanas, quítase el dolor, según algunos que lo han probado me han dicho; y como testigo de vista, digo que he visto buscar esta piedra con gran diligencia a muchos para el efecto que he dicho”.

La foca monje del Caribe. La foca monje del Caribe (*Monachus tropicalis*), tiene la triste distinción de ser la primera especie de pinnípedo del planeta exterminada por el humano. Sin duda, se piensa que fue cazada con intensidad por los indígenas de la región. También los europeos la cazaron desde la primera vez que la observaron en la isla Alto Velo, al sur de La Española, evento que ocurrió durante uno de los viajes de Cristóbal Colón: “En fin de este mes de agosto [1494] fué a surgir a una nueva isleta que está junto a esta isla, que parece desde el mar como vela, porque es alta, y llamóla el almirante Alto Velo, y dista de la isleta Beata, que así se llama, 12 leguas [50 km]. Mandó subir en lo alto de aquella isleta para descubrir los otros dos navíos que se le habían perdido de vista, y volviéndose los marineros a embarcar, mataron ocho lobos marinos que dormían en la arena descuidados, y muchas aves, porque no huían de la gente por no estar poblada, y así esperaban que las tomasen o matasen...” (de las Casas, 1517: libro 1, capítulo XCVII).

Fernández de Oviedo (1851) dedica un capítulo de su *Historia* a la foca monje o “lobo marino”, en el cual comenta que “Muchos lobos marinos é muy grandes hay en estas mares destas Indias, así por entre aquestas islas, como en las costas de Tierra-Firme”. Su texto destaca algunas características morfológicas y de conducta de esta especie. Sobre sus hábitos, describe que la especie era bastante mansa, característica que facilitó su exterminio por los humanos. El último avistamiento de la especie ocurrió en la década de 1950. Hoy en día ha sido declarada oficialmente como una especie extinta (Kovacs, 2008).

Mamíferos terrestres nativos

En las notas del primer viaje de Cristóbal Colón se recoge una gama diversa de asuntos sobre un terreno inesperadamente extraño. Colón describió de forma breve y ordenada lo que observó de ese mundo, donde todo le era desconocido. Dentro de esas ideas, el 16 de octubre de 1492, no deja de señalar su impresión sobre la falta de “bestias” terrestres, aunque aclara que “yo e [sic] estado aquí muy poco...”.

La jutía. La jutía (o hutía) (Capromyidae, alrededor de 20 especies; Figura 2), es uno de los mamíferos terrestres nativos más comentados por los cronistas. Sus citas en realidad aluden a varias especies únicas del Caribe, que eran consideradas por los conquistadores como afines a los conejos y que tenían un sabor muy delicado. Varela y Gil (2003), por ejemplo, menciona que el 17 de noviembre de 1492 Colón observó a unos “...ratones grandes de los de India...”. La transcripción del diario del primer viaje, posiblemente por fray Bartolomé de las Casas, contiene al margen de este comentario la siguiente anotación: “hutías debían ser”. En una carta de 1494 a los Reyes Católicos, Cristóbal Colón menciona que “Conejos hay de dos maneras...”. En otra correspondencia a los



Figura 2. La jutía conga (*Capromys pilorides*), una especie endémica de la isla de Cuba. Ilustración de Ottón A. Suárez.

Reyes (entre 1498 y 1500), Colón menciona unas “...alimañas que son tanto como conejos y mejor carne, y d’ellos ay [sic] tantos en toda la isla [La Española], que con un moço indio con un perro trae cada día quinze o veinte a su amo; en manera que no falta sino vino y vestuario”.

En una carta del doctor Diego Álvarez Chanca, dirigida al jefe del cabildo de Sevilla, también en 1494 (Tió, 1966), se menciona que: “...hay un animal de color de conejo e de su pelo, el grandor de un conejo nuevo, el rabo largo, los pies e manos como de ratón, suben por los árboles, muchos los han comido, dicen que es muy bueno de comer...”. Esta descripción coincide con la morfología de una jutía y al parecer con al menos uno de los tipos de “conejo” que indica Colón en referencia a los roedores capromídidos que habitan o habitaron en las islas. Por otro lado, sobre la apariencia de la jutía en La Española, Fernández de Oviedo comenta posteriormente que “...son casi como ratones, o tienen con ellos algún deudo o proximidad...”.

De las Casas comenta varios sucesos acaecidos en la conquista de La Española, en donde hace mención de las jutías como uno de los alimentos principales para los naturales y para los españoles de los primeros años de la conquista de las islas. Estos mamíferos servían tanto como sustento, como para tributo de los nuevos amos. Aquí algunas de estas citas:

“...Determinaron muchos pueblos dellos de ayudarlos con un ardid o aviso, o para que se muriesen [los españoles] o se fuesen todos... El aviso fué aqueste (aunque les salió al revés de lo que pensaron), conviene a saber: no sembrar no hacer labranzas de su conuco, para que no se cogiese fruto alguno en la tierra, y ellos recogerse a los montes donde hay ciertas y muchas buenas raíces ... y con la caza de hutías o conejos de que estaban llenos los montes y los llanos llenos, pasar como quiera su desventurada vida” (de las Casas, 1517: libro 1, capítulo CV).

“Llevaron a D. Bartolomé Colón a la casa real o palacio del rey Behechio, donde ya estaba la cena bien larga aparejada, según los manjares de la tierra; que era el pan çaçabí e hutías, los

conejos de la isla, asados y cocidos, e infinito pescado de la mar y del río, que por allí pasa” (de las Casas, 1517: libro 1, capítulo CXIV).

“Llegado al pueblo o ciudad del rey Behechio D. Bartolomé, sálenle a rescebir el rey y Anacaona, su hermana, y 32 señores muy principales que para cuando viniesen habían sido convocados, cada uno de los cuales había mandado traer muchas cargas de algodón en pelo y hilado, con su presente de muchas hutías, que eran los conejos desta isla, y mucho pescado, todo asado...” (de las Casas, 1517: libro 1, capítulo CXVI).

“Acuerdan de venir gran número dellos, y traen sus presentillos de pan [casabe de yuca] y hutías y pescado, todo asado, porque no tenían otras riquezas, y porque nunca los indios jamás vienen a los cristianos, mayormente cuando han de pedir algo, vacías las manos...” (de las Casas, 1517: libro 1, capítulo CXXI).

Los perros gozques o perros mudos. En diversos recuentos de la época del descubrimiento y la conquista se menciona de la existencia de “perros mudos”. Una de las citas más tempranas nos llega del mismo Cristóbal Colón, quien durante su primer viaje, el 29 de octubre de 1492 escribe “Avía [sic] perros que jamás ladraron”. Este animal también fue observado por Álvarez Chanca durante el segundo viaje de Colón (Tió, 1966), del cual escribió en 1494 lo siguiente: “En ella [La Española] ni en las otras nunca se ha visto animal de cuatro pies, salvo algunos perros de todas colores como en nuestra patria, la hechura como unos gosques [sic] grandes...”.

Más adelante, la carta de relación de Colón sobre su viaje a Cuba y Jamaica de 1495, dirigida a los Reyes Católicos, señala haber llegado a un asentamiento costero donde los habitantes habían huido, pero dejado atrás animales para sustento. Hace mención de hallar “...juntos bien cuarenta perros no grandes y muy feos, como criados por pescado, ni ladravan, y supe que los indios los comen, y aun de nuestros christianos lo[s] an provado y dizen que saven mejor que un cabrito”. Varela y Gil (2003) aluden que esta última descripción se refiere al perro denominado gozque, que ya el almirante había observado en 1492.

Gonzalo Fernández de Oviedo (1851) relata en su *Historia* que los españoles cuando arribaron al Caribe observaron unos perros domesticados que habitaban con los aborígenes de las islas: “Perros gozques domésticos se hallaron en aquesta Isla Española y en todas las otras islas que estan en este golpho [sic] (pobladas de christianos [sic]), los cuales [sic] criaban los indios en sus casas”. Fernández de Oviedo presenta descripciones sobre la forma, el color y el pelaje de estos perros; sin embargo, la característica que más le llamó la atención la destaca repetidamente en sus crónicas: la imposibilidad de ladrar.

Añade que “algunos gañen ó gimen baxo [bajo], quando les hacen mal”. Muchos investigadores consideran que la denominación de “perro mudo” puede que no sea del todo correcta y que estos podían emitir algunos tipos de gruñidos.

Existe evidencia arqueológica robusta sobre la presencia precolombina de razas americanas del perro doméstico (*Canis familiaris*) en las Antillas (Rodríguez, 2007), especie a la cual muchos investigadores modernos han asociado con el perro mudo. Estos perros americanos estaban tan ligados a la vida cotidiana de los humanos (por ejemplo, ayudaban a rastrear y cazar presas), que no es difícil comprender su introducción al Caribe insular durante las migraciones precolombinas (Newsom y Wing, 2004). Hay que añadir que, sin descartar la presencia de *Canis familiaris*, otros investigadores han dejado la puerta abierta para interpretar que algunos de los “perros” citados en las crónicas se hayan referido a una o más especies de mamíferos hoy extintos y cuya taxonomía es desconocida.

Los guaminiquinajes. El padre de las Casas cita que en la isla de Cuba existía “...una especie de caza harto provechosa y abundante, que los indios nombraban guaminiquinajes, la penúltima sílaba luenga; éstos eran tan grandes como perrillos de halda [falda]; tenían muy sabrosa carne, y, como dije, había de ellos en abundancia. Tenían dos hombres que comer en uno; al menos dos, para entre tres, bastaba; matábanse por pies y con garrote, y mucho más con perros, porque eran de correr muy torpes” (de las Casas, 1517: libro 3, capítulo XXII).

El cori. Fernández de Oviedo (1526, 1851) menciona sobre la existencia del cori en su *Sumario* de 1526 y en su *Historia* de 1535: "...los cories son como conejos o gazapos chicos, y no hacen mal, y son muy lindos, y haylos blancos del todo, y algunos blancos y bermejos y de otros colores". Los describe como "...especies ó género de conejos, aunque el hoçico lo tienen á manera de ratón, más no tan agudo. Las orejas las tienen muy pequeñas, é tráenlas tan pegadas ó juntas continua ó naturalmente, que paresçe que les faltan ó que no las tienen. No tienen cola alguna: son muy delicados de pies é manos, desde las junturas ó corvas para abaxo: tienen tres dedos é otro menor, é muy sotiles. [...] Son mudos animales é no enojosos é muy domesticos, é ándanse por casa é tiénnela limpia é no chillan ni dan ruydo ni roen, para hacer daño. Pasçen hierva, é con un poco que les echen, de la que se les da á los caballos, se sostienen; pero mejor con un poco de çaçabi é mas engordan, aunque la hierva les es mas natural. Yo los he comido é son en el sabor como gaçapos, puesto que la carne es mas blanda é menos seca que la del conejo. Hartos hay al presente aqui y en otras muchas islas y en Tierra-Firme..."

El quemi. El *Sumario* de 1526 de Fernández de Oviedo menciona: "En esta isla [La Española] ningún animal de cuatro pies había, sino dos maneras de animales muy pequeños, que se llaman hutia y cori [antes mencionados], que son casi a manera de conejos". Más adelante, en su *Historia* de 1535, expande el número de mamíferos nativos de La Española, al añadir al quemi y el mohuy. Sobre el quemi, el cronista aclara que no lo conoce por experiencia directa: "...yo no he visto, ni al presente [sic] se hallan, segun muchos afirman". Al describir al quemi, lo distingue de la jutia, especialmente por aquél suele tener un tamaño mucho mayor: "Este es un animal de quatro pies é tan grande como un podenco ó sabueso mediano; y es de color pardo como la hutia, é del mismo talle o manera, excepto que el quemi es mucho mayor. Muchas personas hay en la isla y en esta ciudad que vieron é comieron estos animales é le aprueban por buen manjar..."

El mohuy. Según Fernández de Oviedo (1526), el mohuy era "el manjar mas presçioso ó estimado en mas de los caciques é señores desta isla [La Española]". Indica que igual distinción le dieron los españoles: "...é en esta isla hay muchos hombres [españoles] que lo vieron é comieron é loan esta carne por mejor que todas la que es dicho". Al igual que el quemi, el mohuy es otro mamífero que Fernández de Oviedo citó pero que no conoció por experiencia directa: "Yo no he visto este animal; mas de la manera que tengo dicho, muchos diçen que es asi, é en esta isla [La Española]". Describe este cronista al mohuy de la siguiente manera: "[es] algo menor que la hutia: la color es mas clara y assi mismo es pardo. [...] é la façion dél muy semejante á la hutia, salvo que el pelo tenia mas grueso é recio (ó tieso), é muy agudo é levantado ó derecho para suso".

PERIODO POST-LINEANO: SIGLOS XVIII AL XXI

El siglo XVIII vio todavía poca actividad mastozoológica en el Caribe insular hispano. Los trabajos de André Pierre Ledrú y de fray Iñigo Abbad y Lasierra guardan más relación con la corriente pre-lineana que con esta nueva era de desarrollo científico. Como se ha mencionado, los murciélagos representan el componente principal de la mastofauna antillana. A diferencia de otros grupos que se extinguieron en varias islas, antes o desde la llegada europea, los murciélagos son hasta el presente un elemento notable de la fauna regional. No obstante, la dificultad para observarlos y capturarlos, así como el hecho de que no son empleados como alimento, fueron factores que contribuyeron para que este grupo fuese poco conocido hasta tiempos recientes. La todavía escasa rigurosidad de una disciplina científica en desarrollo, llevó a producir información como la reportada por Abbad (1788) y Ledrú (1810).

Fray Iñigo Abbad y Lasierra (1745–1813), escribe en su *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico* que: "Entre las nubes de lucernas se ven volar los murciélagos sangradores; estos cuadrúpedos volantes van de noche por las vegas y estancias en donde pastan los ganados, buscando reses que están dormidas ó descuidadas para sangrarlas y chuparles la sangre, lo que ejecutan con singular habilidad...; para descansar se cuelgan de las ramas

de los árboles, ciñendo las alas al cuerpo, de suerte que parecen frutas ó racimos colgados del árbol. Hay otros murciélagos que no son sangradores, más pequeños, y que se diferencian de aquéllos en una membrana que les sale de la frente, de la figura de un hierro de lanza”.

Por su parte, André Pierre Ledrú (1761–1825), indica en su *Viaje a la isla de Puerto Rico en el año 1797*, que: “Conócense en Puerto Rico tres especies de murciélagos, el llamado Fer-de-lance (*Vespertilio hastatus* Gmel., 47), el turcón volador (*Vespertilio molossus* Gmel., 49), que es el más común, y el vampiro (*Vespertilio spectrum* Gmel., 49). Este último más dañoso que los otros, acecha a los animales dormidos, les chupa la sangre y a menudo los hace pasar del sueño a la muerte”.

Ambos autores aseguraron incorrectamente que habitaban murciélagos vampiros en Puerto Rico, e incluso ofrecieron descripciones que dan la impresión de que la información fuera de propio y real conocimiento, cuando ahora se sabe que los murciélagos hematófagos no habitaban entonces, ni tampoco hoy, las islas del Caribe (aunque existe un record fósil en Cuba) (Silva Taboada, 1979; Gannon *et al.*, 2005). El escrito de Abbad también reconoce de la existencia de alguna especie de murciélago de la familia Phyllostomidae, cuando menciona “una membrana que les sale de la frente, de la figura de un hierro de lanza”, pero lo defectuoso de la descripción sugiere que no vio al animal personalmente.

Por su parte, Ledrú demostró un mayor conocimiento sobre las especies de murciélagos que habían sido descritas en su tiempo; además, sugiere tres especies en lugar de dos. De estas sólo una, el turcón volador, parece corresponder a alguna de las especies que habitan en la isla de Puerto Rico (*Molossus molossus*). Más aun, la descripción que hiciera Ledrú sobre la manera en que se alimenta el vampiro es totalmente fantástica: “Tienen la lengua como la de la ruseta de las Indias orientales (*Vespertilio vampyrus* Gmel., 45), puntiaguda y erizada hacia atrás. De ella se sirven como un taladro o barrena para atravesar la piel de su víctima y chuparle la sangre”.

El zoólogo francés René Maugé de Cely (?–1802) realizó algunas colecciones de murciélagos en Puerto Rico, entre 1797 y 1798. Entre el material colectado se encontraba el murciélago frutero de Puerto Rico (*Stenoderma rufum*), el cual desencadenó un evento interesante que tomaría más de un siglo en resolverse. El espécimen colectado por Maugé fue confundido en el Muséum National d’Histoire Naturelle de París; por lo cual, en 1810 Étienne Geoffroy Saint-Hilaire (1772–1844) lo incluyó en un estudio sobre murciélagos de Egipto. Aunque algunos investigadores como Wilhelm Peters (1877), George Edward Dobson (1878) y Gerrit S. Miller (1907) pusieron en duda que el espécimen pudiera provenir de Egipto, no fue sino hasta 1916 cuando Harold E. Anthony (1890–1970), descubrió 25 fósiles en Puerto Rico que aclararon el origen de la especie. Situación que no había sido aclarada previamente, dado que desde la captura de Maugé no se habían vuelto a obtener especímenes vivos de esta especie, hasta 1957, cuando James Bee la capturó en la isla de St. John, y más tarde, J. R. Tamsitt y Darío Valdivieso hicieron lo propio en Puerto Rico, en 1965 (Genoways y Baker, 1972).

En el Caribe anglófono, Patrick Browne (1720–1790) publicó en 1789 *The civil and natural history of Jamaica*, un trabajo importante en donde se incluyó información sobre la historia natural de los mamíferos de la isla. Luego de esto, aunque hubo alguna actividad científica durante el siglo XIX, el mayor número de contribuciones sobre Jamaica aparecieron a partir de mediados del siglo XX.

En el siglo XIX, algunos británicos hicieron aportes importantes a la mastozoológica del Caribe: Thomas Horsfield (1773–1859), médico radicado en La Habana, envió en 1828 la primera descripción de murciélagos cubanos al *Zoological Journal* de Londres; mientras que William S. MacLeay (1792–1865) envió por esos mismos años al British Museum una de las más importantes colecciones de murciélagos del Caribe, material que sirvió de base para que en 1840 John E. Gray (1800–1875) produjera una importante publicación sobre el tema. Gray también estudió el primer ejemplar conocido del murciélago bigotudo mayor (*Pteronotus parnellii*), a base de un ejemplar colectado en Jamaica por el ictiólogo inglés Richard Parnell (1810–1882) durante su expedición a esta isla, entre 1839 y 1840.

Otra isla a la cual los ingleses prestaron considerable atención fue Trinidad. Allí se formó en 1891 el *Trinidad Field Naturalists’ Club*, de donde salieron especímenes de murciélagos hacia el British Museum. Este material fue estudiado por Oldfield Thomas (1858–1929), con la descripción de dos nuevas especies para la ciencia.

Como era de esperarse, Cuba fue el centro principal de desarrollo de la mastozoología en la región; no sólo por su mayor afluencia económica, sino también por su mayor riqueza biológica. Influenciada por su tamaño y posición geográfica, próxima a los Estados Unidos, Cuba llegó a ser el mayor productor de azúcar del mundo. La importancia de la Isla se la puede ver reflejada en la visita de Alexander von Humboldt (1769–1859).

El barón von Humboldt llegó por primera vez a Cuba en 1800. Producto de esta visita escribió un ensayo importante sobre la isla que, aunque no atiende la mastofauna, muestra la relevancia de Cuba dentro de la geopolítica global (Humboldt, 1826). Esta importancia geopolítica, así como la relativa afluencia económica y la presencia de buenos centros académicos contribuyeron a que Cuba lograra un mayor desarrollo de la mastozoología que cualquiera de las otras islas del archipiélago. Entonces, más o menos al tiempo que John E. Gray publicaba en Londres su trabajo sobre murciélagos del Caribe, Ramón Dionisio José de la Sagra (1798–1871), un catalán emigrado a Cuba en 1821 por razones políticas, publicaba entre 1832 y 1861 su monumental obra compuesta por 13 volúmenes: *Historia física, política y natural de la isla de Cuba* (el tomo III, publicado por Gervais, 1845, trata sobre mamíferos). En esta obra, de la Sagra añadió al menos dos especies nuevas de mamíferos.

Uno de los naturalistas más importantes de la región fue el cubano Felipe Poey y Aloy (1799–1891). A diferencia de la mayoría de naturalistas, Poey estudió derecho en lugar de ciencias o medicina. Al igual que de la Sagra, también Poey tuvo que abandonar la península Ibérica debido a sus ideales políticos. Durante su estadía en Cuba hizo importantes aportaciones al conocimiento de la historia natural; además, contribuyó a la fundación de la Academia de Ciencias y del Museo de Historia Natural y coleccionó especímenes para Georges Cuvier (1769–1839), del Muséum National d'Histoire Naturelle de París. En 1839, año en que Poey fundaba el Museo de Historia Natural, llegaron a Cuba algunos importantes naturalistas alemanes que contribuyeron al conocimiento de la mastozoología de la isla. De entre ellos, Juan Gundlach, nombre con el que se naturalizó en Cuba, es sin lugar a dudas el más relevante.

Johann Christoph Gundlach (1810–1896) no limitó su radio de acción a la isla de Cuba. En 1873, Gundlach escribió desde Puerto Rico a Felipe Poey lo siguiente: “De mamíferos hay solamente murciélagos (dos hasta ahora), el *Phyll[ostoma] perspicillatum* [= *Artibeus jamaicensis*] y un *Molossos* [= *Molossus molossus*] (?) acaso igual al (?) de Cuba” (Santiago-Valentín y González-López, 2002). En los años siguientes, en 1875 y 1881, Gundlach realizó viajes adicionales de exploración a Puerto Rico que le permitieron identificar dos especies adicionales para la isla: el murciélago bigotudo menor (*Pteronotus quadridens*), al cual llamó *Chilonycteris macleayii*, y el murciélago barbicacho (*Mormoops blainvillei*).

Esta era la situación del conocimiento sobre los mamíferos de Puerto Rico al momento de la guerra hispanoamericana. Agustín Stahl (1842–1917), el más importante naturalista puertorriqueño de la época (Rivero, 2008), no parece haber dedicado especial atención a los mamíferos. En el primer informe oficial que se hiciera al Gobierno Federal de los Estados Unidos sobre la situación de la isla, A. Stahl (1899), quien fuera el encargado de escribir la sección referente a flora y fauna, informaba las mismas cuatro especies de murciélagos reportadas casi 20 años antes por Gundlach. Aunque cinco años antes, Alejandro Infesta (1895) adjudicara a Stahl el conocimiento de cinco especies de murciélagos.

El balance de poderes en el Caribe cambió a finales del siglo XIX, como resultado de la guerra hispanoamericana. Este cambio fue evidente incluso en el origen de las expediciones científicas que se realizaban, pues trajo una secuela de naturalistas estadounidenses que colectaron y documentaron la fauna de mamíferos de la región de manera exhaustiva, se reemplazó así la hegemonía europea que hasta entonces había prevalecido.

Una de las primeras expediciones la encabezó Frank Michler Chapman (1864–1945), del American Museum of Natural History de Nueva York, quien entre 1893 y 1894 coleccionó algo más de 500 especímenes de mamíferos en la isla de Trinidad. Ya en 1900 y 1902, William Palmer Stockwell (1898–1950), colector profesional, vino al Caribe a recoger muestras para el Instituto

Smithsoniano, de Washington, DC. Su mayor trabajo se concentró en la isla de Cuba. El resultado de las expediciones de Palmer fue publicado en 1904 por el influyente científico estadounidense Gerrit Smith Miller (1869–1956).

En 1904, Daniel G. Elliot (1835–1915), del Field Museum of Natural History de Chicago, publicó *The land and sea mammals of Middle America and the West Indies*; y en 1911, Glover M. Allen (1879–1942), del Museum of Comparative Zoology de la Universidad de Harvard, escribió *The Mammals of the West Indies*. Otro estadounidense que hizo una contribución importante al conocimiento sobre los mamíferos de la región, y especialmente de Puerto Rico y las islas Vírgenes, fue Harold E. Anthony (1890–1970), del American Museum of Natural History. Las publicaciones de Anthony (1918, 1925), son estudios bastante completos para la época. Su trabajo se basó en las colecciones que hicieron durante sus respectivas expediciones Alexander Wetmore (1886–1978), entre 1911 y 1912, Franz Boas (1858–1942), en 1915, y Glover M. Allen (1879–1942), en 1917. En adición, Anthony y su primera esposa, Edith I. Anthony, exploraron personalmente varias islas del Caribe. En la introducción al *Scientific survey of Porto Rico and the Virgin Islands: mammals of Porto Rico, living and extinct*, Anthony expone: “Plans for a natural history survey of the Island of Porto Rico were drawn up in 1913 by the New York Academy of Sciences, with the active cooperation of the Insular Government of Porto Rico, the American Museum of Natural History, the New York Botanical Garden, and Columbia University. The plans covered work in all different departments of Zoology, Botany and Geology. The first field work was begun in 1914 and the author was given the assignment to report upon the mammals of Porto Rico... At the time this survey was planned, the known mammal life of Porto Rico was exclusively a bat fauna, no terrestrial land mammals other than introduced species being known from the island”.

Durante las décadas de la Gran Depresión Económica y de la Segunda Guerra Mundial se redujo notablemente la actividad de investigación sobre los mamíferos de la región por parte de científicos estadounidenses. Pero pasados estos eventos, a partir de la década de 1950, volvió a cobrar fuerza la actividad investigativa en la región.

En 1956, Karl F. Koopman (1920–1997), del American Museum of Natural History, y Albert Schwartz (1923–1992), del Reading Museum de Pennsylvania, colectaron de manera extensa en Cuba; mientras que unos años más tarde George G. Goodwin, del American Museum of Natural History, realizaba sus estudios en las islas de Trinidad y Jamaica (e.g., Goodwin y Greenhall, 1961).

Durante el resto del siglo XX y hasta inicios del presente, apareció un buen número de científicos cada vez menos interesados en la sistemática y más en la ecología (e.g., Tejedor *et al.*, 2005). En este periodo se puede señalar a Ross MacPhee (American Museum of Natural History), Donald McFarlane (Natural History Museum of Los Angeles County), Charles A. Woods y José A. Ottenwalder (Florida Natural History Museum), Michael R. Willig (Texas Tech University), Thomas H. Kunz (Boston University), Hugh H. Genoways (University of Nebraska), Robert J. Baker y Carleton J. Phillips (Museum of Texas Tech University) y John W. Bickham (Texas A&M University). Estos últimos cuatro investigadores publicaron en 2005 *Bats of Jamaica*, posiblemente la publicación más importante hasta el presente que se haya elaborado sobre los mamíferos de la isla. También en 2005 se publicó la obra *Bats of Puerto Rico: an Island focus and a Caribbean perspective*, escrita por Michael R. Gannon (Penn State University), Allen Kurta (Eastern Michigan University), Armando Rodríguez-Durán (Universidad Interamericana de Puerto Rico) y Michael R. Willig (Texas Tech University) y con ilustraciones de Jeffrey Martz.

Para la segunda mitad del siglo XX comenzó también a desarrollarse una mayor actividad científica local en la región, especial y primeramente en Cuba, donde la Revolución favoreció el desarrollo de talento local y facilitó la participación de investigadores del bloque soviético. De estos pioneros locales cabe resaltar a Oscar Arredondo de la Mata (1918–2001), quien hizo importantes contribuciones al conocimiento de la mastofauna extinta; también destacan en este periodo Manuel A. Iturralde-Vinent (n. 1946) y Luis S. Varona, este último autor del *Catálogo de los mamíferos vivos y extinguidos de las Antillas* (1974).

La lista de cubanos que en mayor o menor grado contribuyeron al desarrollo de la mastozoología es bastante más extensa. En 1979, Gilberto Silva Taboada publicó el resultado de años de estudios en un libro titulado *Los murciélagos de Cuba*. Más tarde, en 2007, Silva Taboada, en colaboración con William Suárez Duque y Stephen Díaz-Franco, produjo otra obra icónica, al publicar *Compendio de los mamíferos terrestres autóctonos de Cuba: vivientes y extinguidos*.

La actividad investigadora en La Española (República Dominicana y Haití) también se incrementó en este periodo, gracias a las contribuciones de Klingener *et al.* (1978), Ottenwalder (1979, 1981), Woods (1986) y Woods y Ottenwalder (1992); así como en Puerto Rico, con numerosos aportes, entre ellos Choate y Birney (1968), Rodríguez-Durán (1987, 2005), Rodríguez-Durán y Kunz (2001), Rodríguez-Durán y Padilla-Rodríguez (2010), Woods (1996), entre otros.

La historia de la mastozoología del Caribe retrata la historia geopolítica de la región. Aun cuando esta parte del planeta no es rica en especies, la actividad científica proporcionalmente baja redundó en un retraso en el conocimiento de su mastofauna. Al mismo tiempo, su aislamiento geográfico y alto nivel de endemismo despertó el interés por su estudio, especialmente durante el siglo XX. Un elemento que en cierta medida ha retrasado el desarrollo del conocimiento fue el lento desarrollo de un talento local que pueda hacer contribuciones *in situ*, con la posible excepción de Cuba. Esta deficiencia está en parte asociada con la misma falta de riqueza faunística, que inclina a muchos estudiantes a dedicarse al estudio de otros grupos biológicos, especialmente aves y herpetofauna. La situación ha sido parcialmente subsanada en años recientes como resultado de la actividad de científicos estadounidenses y algún aumento en el interés local.

AGRADECIMIENTOS

La Universidad Interamericana de Puerto Rico, Bayamón, y la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, ofrecieron tiempo y espacio a ARD y ESV, respectivamente. Zulma Ayes leyó el texto. Agradecemos a Jorge Ortega y José Luis Martínez por la invitación a participar de este proyecto.

LITERATURA CITADA

- ABBAD Y LASIERRA I. 1788 [2002]. Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico. Ediciones Doce Calles e Historiador Oficial de Puerto Rico, San Juan, PR.
- ANTHONY HE. 1918. The indigenous land mammals of Porto Rico: living and extinct. *Memoirs of the American Museum of Natural History, New Series*, 2:330–435.
- ANTHONY HE. 1925. Mammals of Porto Rico, living and extinct: Chiroptera and Insectivora. Pp. 1–96, *en*: Scientific Survey of Porto Rico and the Virgin Islands. Volumen 9, parte 1. New York Academy of Sciences, Nueva York.
- BIAGGI V. 1970. Las aves de Puerto Rico. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan.
- BROWNE P. 1789. The civil and natural history of Jamaica. White and Son, Horace's Head. Londres.
- CHOATE JR y EC BIRNEY. 1968. Sub-recent Insectivora and Chiroptera from Puerto Rico, with the description of a new bat of the genus *Stenoderma*. *Journal of Mammalogy* 49:400–412.
- D'ANGHIERA PM. 1912 [ca. 1504–1526]. De Orbo Novo decades octo. Volumen 1. Project Gutenberg (2011). En línea: <<http://www.gutenberg.org/files/12425/12425-h/12425-h.htm>>.
- DE LAS CASAS B. 1517 [1985]. Historia de las Indias. Volúmenes I, II y III. Ediciones del Continente, Hollywood, FL.
- DOBSON GE. 1878. Catalogue of the Chiroptera in the collection of the British Museum. *Publications of the British Museum (Natural History)*, Londres.
- FARINA LF y CK ZACHER. 1992. Nuova raccolta colombiana: Christopher Columbus's discoveries in the testimonials of Diego Álvarez Chanca and Andrés Bernáldez. Instituto Poligrafico e Zecca dello Stato, Libreria dello Stato, Roma.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO y VALDÉS G. 1526 [1950]. Sumario de la natural historia de las Indias. Fondo de Cultura Económica, México, DF.

- FERNÁNDEZ DE OVIEDO y VALDÉS G. 1851 [1535]. Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano. Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid.
- GANNON MR, A KURTA, A RODRÍGUEZ-DURÁN y MR WILLIG. 2005. Bats of Puerto Rico: an island focus and a Caribbean perspective. Texas Tech University Press, Lubbock, TX.
- GENOWAYS HH y RJ BAKER. 1972. *Stenoderma rufum*. Mammalian Species 18:1–4.
- GENOWAYS HH, RJ BAKER, JW BICKHAM y CJ PHILLIPS. 2005. Bats of Jamaica. Special Publications of the Museum of Texas Tech University 48:1–155.
- GEOFFROY SAINT-HILAIRE É. 1810. Sur les phyllostomes et les mégadermes, deux genres de la famille des chauve-souris. Annales du Muséum National d'Histoire Naturelle de Paris 15:157–198.
- GERVAIS P. 1845. Murciélagos de la isla de Cuba. Pp. 29–34, en: Historia física, política y natural de la isla de Cuba. Tomo III: mamíferos y aves (R de la Sagra, ed.). Librería de Arthus Bertrand, París.
- GOODWIN GE y AM GREENHALL. 1961. A review of the bats of Trinidad and Tobago, descriptions, rabies infection, and ecology. Bulletin of the American Museum of Natural History 122(3):190–301.
- GRAY JE. 1840. Description of some Mammalia discovered in Cuba by W. S. MacLeay, Esq., with some account of their habits, extracted from MacLeay's notes. Annals of Natural History 1839(4):1–7.
- HORSFIELD T. 1828. Notice of two species of Vespertilionidae. Zoological Journal [London] 3(27):236–240.
- HUMBOLDT VON A. 1826 [2001]. Political essay on the Island of Cuba. Ian Randle Publishers, Jamaica.
- INFIESTA A. 1895 [2008]. La exposición de Puerto Rico: memoria redactada según acuerdo de la Junta del Centenario. Imprenta del Boletín Mercantil y Academia Puertorriqueña de la Historia, San Juan, PR.
- KLINGENER D, HH GENOWAYS y RJ BAKER. 1978. Bats from southern Haiti. Annals of the Carnegie Museum of Natural History 47:81–99.
- KOVACS K. 2008. *Monachus tropicalis*. En: IUCN 2013. IUCN Red List of Threatened Species. Versión 2013.2. En línea: <www.iucnredlist.org> (acceso: 2014-04-05).
- LEDRÚ AP. 1810 [1971]. Viaje a la isla de Puerto Rico en el año 1797. Editorial Coquí, San Juan, PR.
- LUNARDI E, E MAGIONCALDA y R MAZZACANE (eds.). 1992. Nuova raccolta Colombiana: The discovery of the New World in the writings of Peter Martyr of Anghiera. Instituto Poligrafico e Zecca dello Stato, Libreria dello Stato, Roma.
- MILLER GS Jr. 1904. Notes on the bats collected by William Palmer in Cuba. Proceedings of the United States National Museum 27:337–348.
- MILLER GS Jr. 1907. The families and genera of bats. Bulletin of the United States National Museum 57:1–282.
- NEWSOM LA y ES WING. 2004. On land and sea: Native American uses of biological resources in the West Indies. The University of Alabama Press, Tuscaloosa, AL.
- OTTENWALDER JA. 1979. Murciélagos del lago Enriquillo. Naturalista Postal, Carta Ocasional del Herbario de la Universidad Autónoma de Santo Domingo 25(79):1.
- OTTENWALDER JA. 1981. Murciélagos de isla Beata. Contribuciones Ocasionales del Museo de Historia Natural de Santo Domingo 1:1–7.
- PETERS W. 1877. Über eine von Hrn. viceconsul L. Krug und Dr. J. Grundlach auf der Insel Puertorico gemachte Sammlung von Säugethieren und Amphibien, so wie über die Entwicklung eines Batrachiers, *Hylodes martinicensis* Dum. Bibr., ohne Metamorphose. Monatsberichte der königlich Akademie der Wissenschaften zu Berlin 1876:703–714.
- RIVERO JA. 2008. Agustín Stahl: el precursor. Pp. 27–78, en: Biodiversidad de Puerto Rico: Agustín Stahl, flora, hongos (R Joglar, ed.). Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, PR.

- RODRÍGUEZ M. 2007. Tras las huellas del perro mudo. Publicaciones Puertorriqueñas Editores, San Juan, PR.
- RODRÍGUEZ-DURÁN A. 1987. Los murciélagos de Puerto Rico. *Espeleología* 2:16–31.
- RODRÍGUEZ-DURÁN A. 2002. Los murciélagos en las culturas precolombinas de Puerto Rico. *Focus* 2:15–18.
- RODRÍGUEZ-DURÁN A. 2005. Murciélagos. Pp. 239–274, *en*: Biodiversidad de Puerto Rico: vertebrados y ecosistemas terrestres (R Joglar ed.). Instituto de Cultura Puertorriqueña y Universidad Interamericana de Puerto Rico, San Juan, PR.
- RODRÍGUEZ-DURÁN A y TH KUNZ. 2001. Biogeography of bats of the West Indies: an ecological perspective. Pp. 355–368, *en*: Biogeography of the West Indies (CA Woods y FE Sergile, eds.). CRC Press, Boca Ratón, FL.
- RODRÍGUEZ-DURÁN A y E PADILLA-RODRÍGUEZ. 2010. New records for the bat fauna of Mona Island, Puerto Rico, with notes on their natural history. *Caribbean Journal of Science* 46:1–4.
- SANTIAGO-VALENTÍN E y RM GONZÁLEZ-LÓPEZ. 2002. Nuevos documentos y comentarios acerca de las exploraciones de Juan Cristóbal Gundlach a Puerto Rico. Pp. 103–123, *en*: Johann Christoph Gundlach: un naturalista en Cuba (W Dathe y RM González López, eds). Basilliken Presse, Marburg An Der Lahn, Alemania.
- SILVA TABOADA G. 1979. Los murciélagos de Cuba. Editorial Academia, La Habana.
- SILVA TABOADA G, W SUÁREZ DUQUE y S DÍAZ-FRANCO. 2007. Compendio de los mamíferos terrestres autóctonos de Cuba: vivientes y extinguidos. Museo Nacional de Historia Natural, La Habana.
- STAHL A. 1899 [2005]. Flora and fauna. Pp. 222–230, *en*: Report on the Industrial and Commercial Condition of Porto Rico (HK Carroll, ed.). Ediciones Puerto, San Juan.
- TAMSITT JR y D VALDIVIESO. 1965. The Red Fig-eating Bat, *Stenoderma rufum* Desmarest (Chiroptera), alive in Puerto Rico. *Caribbean Journal of Science* 5:175.
- TEJEDOR A, V DA C TAVARES y G SILVA TABOADA. 2005. A revision of extant greater Antillean bats of the genus *Natalus*. *American Museum Novitates* 3493:1–22.
- TIÓ A. 1966. Dr. Diego Álvarez Chanca: estudio biográfico. Publicaciones de la Asociación Médica de Puerto Rico, San Juan, PR.
- VARONA LS. 1974. Catálogo de los mamíferos vivientes y extinguidos de las Antillas. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- VARELA C y JC GIL. 2003. Cristóbal Colón. Textos y documentos completos. Nuevas cartas. Alianza Editorial, Madrid.
- WING ES. 1989. Human exploitation of animal resources in the Caribbean. Pp. 137–152, *en*: Biogeography of the West Indies: past, present and future (CA Woods, ed.). Sandhill Crane Press, Gainesville, FL.
- WOODS CA. 1986. The mammals of the National Parks of Haiti. US Agency for International Development, Puerto Príncipe, Haití.
- WOODS CA. 1996. The land mammals of Puerto Rico and the Virgin Islands. Pp. 131–148, *en*: The scientific survey of Puerto Rico and the Virgin Islands: an eighty-year reassessment of the Island's Natural History (JC Figueroa Colón, ed.). The New York Academy of Sciences, Nueva York.
- WOODS CA y JA OTTENWALDER. 1992. The natural history of southern Haiti. Department of Natural Sciences, Florida Museum of Natural History, University of Florida, Gainesville, FL.



Realmente, tanto los editores como los autores han llevado a cabo un esfuerzo profundo y concienzudo por documentar el estudio de los mamíferos en cada país de Latinoamérica, las Guayanas y el Caribe. Para quien quiera entender la historia de la mastozoología en la región, es obligada la lectura de este libro, de cada capítulo y de cada detalle. Sólo yuxtaponiendo los distintos capítulos en su continuo espacio-temporal podremos comprender cómo hemos llegado hasta aquí, las contribuciones relativas de individuos particulares y cómo cada país ha hecho su esfuerzo para estudiar

a sus propios mamíferos. Para terminar, no puedo menos que recordar un texto de Jorge Luis Borges: “Que otros se enorgullecen por lo que han escrito, yo me enorgullezco por lo que he leído”.

Rodrigo A. Medellín

Universidad Nacional Autónoma de México, México DF.

